

Prácticas universitarias de extensión en tiempos de distanciamiento social. El contexto del texto



 Silvia Viñas, Gabriela Magistris y Laura Macri

Este año decidimos que el Seminario de Prácticas Socioeducativas Territorializadas (PST) “Abordajes grupales en el ámbito comunitario. Prácticas de formación de jóvenes como promotores socioculturales” se brindara también como seminario de extensión y abrimos la inscripción con una campaña dirigida principalmente a organizaciones sociales y barriales, entendiendo que esta formación brinda herramientas de gran interés para esta población. La difusión la realizamos desde Barrilete Cultural y el Centro de Innovación para el Desarrollo Comunitario (CIDAC) y debimos cerrar prontamente la inscripción ya que la respuesta fue muy positiva. Estamos convencidxs de que la inclusión de participantes de diversos ámbitos, actividades y experiencias, su puesta en diálogo con lxs estudiantes universitarixs, enriquecen la reflexión y los modos de abordar los contenidos teóricos y las prácticas que ofrecemos.

Cuando la Universidad de Buenos Aires y la Facultad de Filosofía y Letras ante la emergencia sanitaria y el aislamiento social preventivo obligatorio posponen el inicio de clases comenzamos un intercambio vía mail con lxs estudiantes, pertenecientes o no a la facultad, haciendo propuestas a las que respondieron con fluidez y entusiasmo.

Luego se definió el comienzo de clases en forma virtual y allí, además de seguir preocupadxs por el distanciamiento con nuestro espacio de trabajo territorial, se nos abrió el gran interrogante sobre la posibilidad de ofrecer un seminario de “prácticas”, cuando no era posible garantizarlas. Escuchando a compañerxs de otros equipos que habían reformulado sus prácticas a realizar, comprendimos que debíamos sostener el seminario, dejar nuestros lugares conocidos para aventurarnos en la incertidumbre que todo el campo social estaba atravesando. Sostener el compromiso con lxs estudiantes. Sostener la presencia territorial desconociendo cómo se haría, pero no retirarnos.

Sabíamos que algunxs participantes iban a tener dificultades para cursar en modo virtual por vivir en barrios vulnerabilizados y/o contar con dificultades de conectividad, así que nos comunicamos con ellxs vía whatsapp cuando no respondían correos y no se habían registrado en el campus. Fue así que ese territorio social que padece las peores desigualdades se hizo presente, anunciando ausencias pero también respondiendo y requiriendo nuestra presencia/asistencia, tanto desde los inscriptxs como desde donde realizamos nuestra tarea territorial, una escuela media de la Villa 21-24.

El otro desafío fue pensar cómo trabajar virtualmente aquello que instituye lo grupal, ese trabajo dialéctico imprescindible entre reflexión y acción, entre teoría y práctica. Nuestra experiencia y bagaje de herramientas técnicas —lúdicas y creativas— para el abordaje grupal son esencialmente presenciales y perdían solidez sin la presencia de los cuerpos, las miradas, los tonos de voces, el contacto con los materiales. Fragilizadxs por la inexperiencia en abordajes grupales “virtuales”, debimos comenzar a crear nuevas herramientas y, paradójicamente, el espacio de enseñanza “con prácticas” devino un espacio “de práctica” para nosotrxs mismxs, lxs docentes. Valoramos recuperar este sentido de “práctica” en la docencia universitaria, prácticas que, como las territoriales, están inmersas en contextos sociales y políticos, en momentos históricos y en tiempos de salud o pandemia, que las atraviesan y reconducen.

Parfraseando a Ana María Fernández (1997), *el contexto es texto*; esto no sólo ocurre en los espacios grupales sino también en los institucionales y comunitarios. Se viven tiempos que exigen responsabilidad aunque no contemos con la experiencia suficiente, aunque no tengamos los saberes que requiere enfrentar esta dificultad inédita ni las herramientas entrenadas para ello. Como dicen Cano e Ingol (2020), “estar a la altura de las circunstancias implica, precisamente, no estar en la altura cuando nos necesitan las circunstancias”. No podemos ser excepción. El contexto de la emergencia sanitaria es *texto* en nuestros espacios y prácticas. Emergencia que debe abordarse con desconocimiento del tratamiento adecuado para este nuevo virus (COVID-19), que requiere de acciones urgentes aunque sea con procedimientos elementales, que asume la prueba y error como mecanismo permanente para ajustar las acciones, que intenta enlentecer lo que viene precipitado para evitar el desborde, que obliga a modificar horarios, roles y funciones para ser ejecutivos. Estos, por nombrar sólo algunos de los requerimientos que significó afrontar la emergencia sanitaria, son análogos a los requerimientos para afrontar nuestras responsabilidades en los espacios universitarios. Nos vimos compelidos a asumir la docencia con herramientas insuficientes, apelando a procedimientos pedagógicos elementales, ejercitando prueba y error, atravesando nuevos modos del transcurrir del tiempo: lo lento y lo inmediato alternada y simultáneamente. Y así como en las calles la espacialidad tomó nuevas formas, nuestras habitaciones devinieron aulas con decenas de estudiantes accediendo por pantalla.

Podríamos afirmar que nuevos textos y contextos nos invitaron a nuevas textualidades y texturas en la docencia, y a trazar nuevos itinerarios y tramas, tejidos incierta pero firmemente.

Entre el ruido virtual y la comunicación territorial

—Hola... ¿se escucha?

—¿Me ven? ¿Hay alguien?

—Alguien quiere hablar... uh ¡perdón!

—No funciona el audio, ¿escribís en el chat?

Nos vimos obligadxs a repensar la comunicación. A la escasa que teníamos con la escuela media en la que trabajamos territorialmente, se le sumaba la ruidosa e inestable comunicación con lxs estudiantes del seminario.

No solo las técnicas grupales resultaban un desafío para realizarlas online; las clases sincrónicas están plagadas de delays, tiempos pausados, silencios inesperados, estudiantes sin rostros, voces acuosas, detenerse, esperar, invitar a usar el chat, no dejarse ver para garantizar que llegue la voz y sostener la presencia disimulando el disgusto. Entre el amor y el odio a las tecnologías, vamos aprendiendo a comunicarnos aun con interferencias. Tuvimos que limar diferencias en nuestras experiencias tecnológicas, sosegar ansiedades para abordarlas y poder transitar espacios poco conocidos. Fue importante no sentirnos solxs en ese trayecto; equipo docente y distintas instancias de la Facultad fueron un importante acompañamiento en ese tránsito. Sabemos que siempre aparecen ruidos, desfasajes, en el encuentro enseñanza-aprendizaje; pero aquí la tecnología traía una doble cuestión: por un lado, era la única herramienta que nos habilitaba la participación y, por otro, parecía limitar aquello que deseábamos. Nuestra experiencia basada en la riqueza de los encuentros, del contacto, del juego, de la comunicación corporal, nos hacía poner en duda la posibilidad real del lazo pedagógico. Pero ahí, cuando nos sentimos frustradxs porque la “máquina” no responde, porque quienes están del otro lado pueden oírnos pero no se les escucha, nos encontramos con modos de participación activa por parte de lxs estudiantes, comentarios, aportes y preguntas inesperadas por chat nos devolvieron la confianza.

Asimismo, pese a que la carga horaria de cada encuentro, originariamente, era de cuatro horas, consideramos que las clases sincrónicas no podían exceder los 120 minutos e incluso, en lo posible, debían ser más breves.

Ante esta situación, nos planteamos las siguientes estrategias:

- » Decidimos filmar y subir clases de 30 minutos a un canal de Youtube a modo privado, con desarrollos de temas muy concretos y recomendando bibliografía.
- » Armamos subgrupos (con estudiantes de grado y extensión) para proponerles actividades: análisis de situaciones grupales y del campo comunitario, invención de estrategias ante ellas, planificación de talleres posibles. Un objetivo no explícito fue posibilitar de este modo experiencias grupales.
- » Utilizar parte del encuentro online para compartir resultados y dudas.
- » En el campus abrimos foros para preguntas teóricas y comentarios a las clases.

Fortalecimos otros modos de comunicación con lxs estudiantes y estuvimos muy atentxs al seguimiento del seminario. No hemos dudado en escribir a aquellxs que no participaron de los encuentros para ver si podíamos facilitar o acompañar en algo su proceso. Esta actitud, que también se propició desde la Facultad, no responde a que se trata de un seminario de manera virtual, sino de un seminario en el contexto de una pandemia jamás atravesada y sobre la que lxs estudiantes dan cuenta de afectación.

Ese novedoso modo de estar atentxs en este contexto nos replanteó múltiples preguntas. Quizás la pandemia no sólo develó de manera radical las desigualdades estructurales sino también las desigualdades educativas. ¿Acaso antes consultábamos cuando lxs estudiantes decidían dejar una materia o un seminario? ¿Nos hacíamos presentes? ¿Se pensaba en la posible fragilidad de su contexto? Así como hemos pensado en la asistencia como *presencia* en el ámbito comunitario,¹ ahora nos preguntamos sobre la asistencia como *presencia* en el ámbito educativo. ¿Qué *presencias* consideramos imprescindibles de lxs estudiantes? ¿La corporal, la reflexiva, la dialógica, la afectiva? Quizás nos sea útil pensar qué sentimos hoy ausente de ellxs, para revalorizar su presencia en nuestros espacios educativos, como así también qué presencia esperarán lxs estudiantes de lxs docentes. Quizás podamos preguntarnos por qué aquellas modalidades

1. En “Reinventando la asistencia. Territorios, extensión y prácticas en pandemia” (Viñas et al.), artículo en edición para la revista *Filo al Sur*, diferenciamos la “asistencia” referida a lo asistencial respecto de la “asistencia” como presencia territorial.

político-pedagógicas con las que solemos trabajar en el territorio, desde una perspectiva de extensión crítica,² recuperan tantas más presencias (intelectual, corporal, protagónica, ideológica, afectiva, entre otras) que la producción académica o universitaria en general. Desde esta perspectiva crítica, se trata de disputar el “espacio académico central” que es el acto educativo que se desarrolla en el aula casi exclusivamente, y no se dispone a co-generar conocimientos con espacios comunitarios y organizaciones sociales (Medina y Tomassino, 2018).

El lugar integral y protagónico es algo que lxs estudiantes suelen valorar cuando realizan seminarios de prácticas socioeducativas territorializadas porque lo ven excepcional a los trayectos regulares y rutinizados que realizan dentro de la Facultad.

En síntesis, resta considerar estas preguntas que seguirán latiendo en tiempos de pos-pandemia, cuando la incertidumbre no arrase, sino que acompañe para no caer en trampas de certezas y reinventar nuevos modos de hacer en nuestras prácticas educativas.

2. Por extensión crítica entendemos aquella que apunta a procesos formativos integrales que contribuye a la producción de conocimiento nuevo, que vincula críticamente el saber académico con el saber popular. Es aquí, donde se da la posibilidad de enseñar y aprender de manera dialéctica, y donde se fracturan los estereotipos de educador y educando, dando lugar a una terceridad que interpela las jerarquías de esta relación diádica y amurallada entre docente y estudiantes, a la vez que interpelen las columnas construidas entre universidad y territorios (Medina y Tomassino, 2018).

Bibliografía

- » Cano, A. e Ingol, M. (2020). *La extensión universitaria en tiempos de pandemia: lo que emerge de la emergencia*. En línea: <<http://pim.udelar.edu.uy/noticias/la-extension-universitaria-en-tiempos-de-pandemia-lo-que-emerge-de-la-emergencia/>>.
- » Fernández, A. M. (1997). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- » Medina, J. M. y Tommasino, H. (comps.) (2018). *Extensión crítica. Construcción de una universidad en contexto: sistematización de experiencias de gestión y territorio de la Universidad Nacional de Rosario*. Rosario, Universidad Nacional de Rosario.

Las autoras

Silvia Viñas

Psicóloga social. Jefa de trabajos prácticos de la Cátedra Libre de Derechos Humanos. Coordinadora de Barrilete Cultural, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Gabriela Magistris

Abogada, profesora en Ciencias Jurídicas y doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Magíster en derechos humanos y políticas sociales (Universidad Nacional de San Martín). Docente de la Cátedra Libre de Derechos Humanos. Integrante de Barrilete Cultural, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Laura Macri

Licenciada y profesora en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Maestranda en Derechos Humanos y Políticas Sociales (Universidad Nacional de San Martín). Integrante de Barrilete Cultural, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.